



Nova Scientia

E-ISSN: 2007-0705

nova_scientia@delasalle.edu.mx

Universidad De La Salle Bajío

México

Christiansen Renaud, María Luján

La epistemología comparada y su impacto sobre la historiografía de la psicología

Nova Scientia, vol. 1-1, núm. 2, mayo-octubre, 2009, pp. 117-129

Universidad De La Salle Bajío

León, Guanajuato, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=203314885007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

The logo for redalyc.org consists of the word "redalyc" in a red, italicized sans-serif font, followed by ".org" in a smaller black font.

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Christiansen, M.



Revista Electrónica Nova Scientia

**La epistemología comparada y su impacto sobre
la historiografía de la psicología**

María Luján Christiansen Renaud

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Guanajuato

México

E-mail: mariachr@quijote.ugto.mx

© Universidad De La Salle Bajío (México)

Resumen

El presente trabajo expone los avances de una investigación cuyo objetivo general es el de explorar la fertilidad de la “epistemología comparada” defendida tempranamente por L. Fleck y retomada más tarde por la “nueva” filosofía de la ciencia de corte kuhniano. Se intenta, particularmente, estimar los alcances de sus reflexiones en el campo de la historiografía de la psicología, examinando de manera específica el problema del cambio de concepciones científicas en torno al fenómeno de las diferencias humanas individuales. Este artículo se concentra críticamente sobre la narrativa dominante en las historias de la psicología consideradas “tradicionales” (lineales, triunfalistas, continuistas) y propone como estudio de caso una relectura de la transición desde la ciencia del carácter del siglo XIX a la ciencia de la personalidad del siglo XX.

Siguiendo la propuesta de Fleck acerca de la identificación de “estilos de pensamiento” que configuran las diversas maneras de plantear problemas, introducir hipótesis y someterlas a prueba, argumentaré a favor de un análisis epistemológico de ambas concepciones (caracterología y ciencia de la personalidad) teniendo en cuenta su condicionamiento histórico y social, tanto en lo que atañe a sus respectivas ideas como también a las normas epistémicas bajo las cuales han sido eventualmente validadas y aceptadas.

Palabras Clave: Epistemología comparada - Caracterología - Ciencias de la Personalidad - "Ludwik Fleck"

Recepción: 14-10-08

Aceptación: 24-02-09

Abstract

“Comparative Epistemology” was first proposed by Ludwick Fleck in the 1930’s; some decades later the “new philosophy of science” recovered it and developed its implications for epistemological analysis of the scientific change. In contrast with the dogmatic view about truth, evidence, proof, objectivity and rationality, Fleck introduced an original idea on “thought styles” whose existence would underlie every belief socially and historically. In this paper I attempt to

explore the potential of Fleck's approach when it is applied to the historiography of the psychology, particularly to the contemporary transition from the science of character ("Ethology") to the science of personality.

Such a case-study follows the research line of previous writings I have done about Nineteenth Century mental philosophy in England. In my opinion, this kind of work shows adequately the weaknesses of accumulationist and whiggish orthodox historiography of psychology, which has naively understood that transformation in terms of a mere "universal epistemic progress". Instead, a non-prescriptivist historiographic model focuses on how a specific theoretical view has been born, accepted, validated and ultimately naturalized.

Keywords: Comparative epistemology - Characterology – Personality Studies - "Ludwik Fleck"

Introducción

Uno de los debates en torno al cual gira gran parte de la investigación historiográfica y epistemológica actual es el de cómo explicar el cambio científico, esto es, el de dar cuenta de la transición desde una concepción teórica a otra. Tradicionalmente dominaron las historias cuya narrativa apuntaba a presentar la sustitución de teorías en términos de “progreso racional”, entendiendo por ello que la nueva teoría se imponía sobre sus rivales en virtud exclusiva de algún logro epistémico. Esta caracterización historiográfica asumía una perspectiva lineal del desarrollo de la ciencia, además de consolidar una imagen triunfalista y acumulacionista del conocimiento científico. Desde el positivismo lógico y el probabilismo, como también desde la concepción falsacionista de los popperianos, se aceptó sin mayor preámbulo esta representación de la historia de una disciplina¹.

Sin embargo, desde mediados del siglo XX, comenzó a imponerse un nuevo enfoque del pasado de las teorías, sustentado sobre creencias heterodoxas acerca de la naturaleza de la ciencia. El principal ataque dirigido en contra del modelo historiográfico ortodoxo tenía que ver con la supuesta “ingenuidad” de creer que el éxito de una teoría estaba determinado únicamente por factores puramente “internos” (lógicos o empíricos). Filósofos de la ciencia como Ludwick Fleck, Gaston Bachelard, George Canguilhem, Michel Foucault y Thomas Kuhn, entre otros, se ocuparon de indagar en los márgenes de la historia oficial de la ciencia, señalando que la historia de un saber no es una mera crónica, ni un museo de “precursores” de las ideas actuales. Prefirieron enfatizar el aspecto rupturista del cambio científico, así como la imposibilidad de someter ante un mismo tribunal a cuerpos de conocimiento que, a pesar de sus superficiales similaridades, en el fondo discrepaban hasta en lo más básico: su ontología.

En este marco, se suscitó la defensa de una “epistemología comparada”, nombre acuñado tempranamente por Fleck alrededor de 1928, en decidida oposición a la hegemonía positivista imperante en las esferas de pensamiento en las que Fleck se había formado. Este artículo explorará los alcances de tal perspectiva de análisis -epistemología comparada- haciendo ver su fertilidad para revisitar un episodio particular en la historia de la psicología, y que se refiere a la

¹ Un ejemplo clásico de historia de la ciencia clasificada como “internalista” es la de George Sarton, *Introduction to the History of Science*, 3 vols., Washington, D.D.: Williams and Wilkins, 1927-1948. Respecto al caso del “externalismo”, puede considerarse la de Thomas Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago: The Chicago University Press, 1962.

transición desde la ciencia del carácter del siglo XIX -caracterología- hacia la ciencia de la personalidad del siglo XX. Un estudio de caso semejante podría funcionar como un “observatorio” desde el cual visualizar otros segmentos del registro histórico en los que la complejidad subyacente al cambio o desplazamiento de teorías ha quedado eclipsada bajo la mansa corriente de una narración histórica canónica.

Epistemología comparada: aspectos generales

Resulta un hecho curioso que el actualmente valorado pensamiento del médico polaco Ludwig Fleck haya sido casi ignorado por sus contemporáneos. Por la información biográfica de la que disponemos, parece ser un hecho que las novedosas -y subversivas- ideas fleckianas sobre la ciencia pasaron desapercibidas durante la infortunada época en la que a Fleck le tocó vivir (gran parte de su familia murió en distintos campos de exterminio, y en su caso fue su desenvolvimiento médico el que le permitió sobrevivir en un campo de concentración al ser obligado a producir suero antifoideo para las tropas alemanas). Es sintomático, por ejemplo, que habiendo sido un miembro de la Academia de Ciencias, ésta no lo haya reconocido en sus memorias (cfr. C. Lorenzano, 2004, p.92). Especialista en el campo de la inmunología y la bacteriología, Fleck tuvo el valor suficiente para enfrentarse, alrededor de 1930, al imponente positivismo del Círculo de Viena y a la emergente visión de Karl Popper (dos gigantes de la epistemología de la primera parte del siglo XX). Sus apreciaciones y objeciones quedaron plasmadas en su obra *La génesis y el desarrollo de un hecho científico* (libro que –con el nazismo en el poder- no vio éxito alguno; más aún, su editor suizo vendió como papel viejo 440 ejemplares de los 640 ejemplares disponibles).

Muchas de las ideas atribuidas a la “nueva filosofía de la ciencia” gestada alrededor de 1960 en torno a las figuras de Thomas Kuhn, Imre Lakatos, Paul Feyerabend y los constructivistas sociales son como un eco de ideas que Fleck había escrito casi tres décadas antes. Entre sus diversas intuiciones acertadas, Fleck sosténía que el éxito de una idea dependía, entre otros factores, de que ésta floreciera “en el momento socialmente apropiado”, una reflexión sin duda aplicable a su propio caso, el de un intelectual cuyo punto de vista no halló el nicho adecuado en el cual prosperar. Así, Fleck contribuyó a explicar su propio fracaso en la historia de las ideas exitosas.

Sin duda alguna su más notable contribución a la reflexión filosófica acerca de la ciencia tiene

que ver con su defensa de una epistemología comparada, que es aquella que se niega a asumir que su función estricta sea la de juzgar si los cambios de una teoría a otra han sido “correctos” o “incorrectos”. Por el contrario, asume que, fuera de su nicho temporal, las ideas no son ni falsas ni verdaderas. Desde tal óptica, el rol del historiador de la ciencia ya no sería el de árbitro de la racionalidad, sino el de un naturalista que busca explicar cómo un determinado conjunto de creencias logró sobrevivir mejor que otro a un contexto específico. Al respecto, Fleck introduce la siguiente metáfora:

“El juicio absoluto sobre la corrección de teorías fosilizadas es tan poco procedente como un juicio atemporal sobre la adaptación de una especie paleontológica: el brontosaurio estaba tan convenientemente organizado para su medio como la lagartija actual para el suyo. Arrancados de su hábitat, no pueden ser calificados ni de “adaptados” ni de “inadaptados”” (Fleck, 1986, p. 73).

De lo que se trata es de determinar cómo las ideas confusas -o “protoideas”- se van consolidando hasta naturalizarse, adquiriendo a lo largo de dicho proceso y por múltiples vías, un status de científicidad acorde a los parámetros epistemológicos de su época. Fleck concibe al conocimiento como un río cuyo fluir altera incessantemente sus márgenes y su lecho, arrastrando en su corriente una masa variable de sedimentos -“conocimiento anterior”- que puede ser significativamente asimilado o transformado en cada etapa que el río recorre. Asimismo rechaza la noción clásica del conocimiento

definido como una relación gnoseológica entre sujeto y objeto, ya que considera que una visión tan pobre despoja a la ciencia de su innegable configuración histórica y social.

Es preciso notar que, mientras que su analogía de la producción de conocimiento con un río subraya el dinamismo temporal del desarrollo científico, la ortodoxia comulgaría mejor con una metáfora como la del manantial, causando la errónea impresión de que las ideas pueden brotar espontáneamente, ex-nihilo. Abiertamente crítico de semejante visión estática, Fleck prefiere entender –figurativamente- la producción de creencias como un río de cauce irregular. Aunque Fleck no insiste al respecto, una metáfora semejante es sumamente útil para dar cuenta de los vaivenes que constriñen tanto al conocimiento como a la investigación. Lejos de transcurrir con la aparente calma con la cual un río es representado pictóricamente, en su curso real el río ha de sortear múltiples vicisitudes: posibles afluentes, embalses, meandros abandonados, cascadas,

remolinos y un abanico interminable de otros accidentes hidrológicos que una cierta disposición geográfica le podría imponer. En el marco de la perspectiva dinámica que Fleck asume para analizar el cambio científico, este paralelo con el río se erige en un referente simbólico que ayuda a ver al conocimiento científico como un saber tan sujeto a la contingencia como lo está un cauce hidrológico u otro fenómeno de la naturaleza.

Fleck denomina “estilos de pensamiento” a los diversos “ríos” que pueblan la historia de la ciencia, cada uno de ellos con su propia cabecera (o nacimiento), sus cursos específicos (medio, bajo y alto), sus peculiares y eventuales ramificaciones y su desembocadura. La “epistemología comparada” podría ser concebida, entonces, como una historia de la geografía del pensamiento en sus múltiples manifestaciones epocales, cada una de ellas condicionando dramáticamente lo que puede ser pensado, concebido, percibido y expresado.

Historia e historiografía de la psicología. Reflexiones acerca de ‘lo medular’ y ‘lo marginal’

El enfoque comparativo al “estilo-Fleck” no ha sido en absoluto preponderante en la historia de la psicología. Por el contrario, la actitud dominante en tal territorio ha sido la del “egocentrismo epistemológico”, es decir, la tendencia a narrar la historia de las ideas psicológicas como una secuencia de teorías que han ido abandonando los errores, las falsedades, las contradicciones, y han avanzado hacia la verdad (identificada con la teoría más reciente).² Es un hecho constatable, por ejemplo, que cuando nos detenemos particularmente a observar el pasaje de la ciencia del carácter a la ciencia de la personalidad nos vemos obligados a ver que los historiadores han concebido aquella transición de acuerdo al modelo historiográfico tradicional, es decir, explicando dicho cambio como una “superación” lograda por una psicología más objetiva que poco a poco se fue desentendiendo del abordaje metafísico con el cual la caracterología lidiaba.

² Obras que exponen la historia de las ideas psicológicas desde una perspectiva claramente “ortodoxa” (lineal, continuista, triunfalista) son, por ejemplo, la del emigrado psicoanalista ruso Gregory Zilboorg aparecida en 1941 (Zilboorg, 1945), así como también la de F. Alexander y S. Selesnick publicado en 1966 (Alexander, Selesnick, 1970). Es preciso advertir que estas dos obras no son mencionadas de manera fortuita. En 1972, David Werman publicó los resultados de una investigación sobre los textos más usados en las escuelas de medicina de Estados Unidos para la enseñanza de la historia psiquiátrica durante toda la década del ’60 y ambos trabajos son las que aparecen usadas con mayor frecuencia (Werman, 1972).

No hay al respecto un estudio comparativo de cada una de estas dos ciencias que aspire a algo más que a determinar cuál corrigió a cuál. La interpretación más económica ha sido la de suponer que la ciencia del carácter del siglo XIX -etología- estaba axiológicamente infectada y que por esa razón fracasó ante el advenimiento de la eminente ciencia de la personalidad.

Ahora bien, un examen “microhistórico” concerniente a la etología inglesa decimonónica (J.S. Mill, A. Bain, H. Spencer) sería suficiente para mostrar que tal apreciación es, si no totalmente errada, al menos apresurada. Brevemente se expondrán, a continuación, algunos de los argumentos por los cuales es factible sostener tal punto de vista. Abogar por una explicación de tal sustitución (desde la ciencia del carácter hacia la ciencia de la personalidad) en términos de “progreso”, “crecimiento” o “avance” equivale a desconocer el denso entramado de factores que facilitaron su permanencia o que aceleraron su decadencia, y que en modo alguno pueden ser reducidos a razones únicamente epistémicas. Así, el escrutinio de este desplazamiento de concepciones que intentaban explicar las diferencias individuales se suma a la convicción fleckeana de que lo interesante del análisis epistemológico no es el de dictaminar qué teoría es mejor “a secas”, sino el de detectar qué condiciones de posibilidad y de validación convirtieron a una teoría específica en plausible, deseable y sostenible para quienes habitaban el espacio conceptual dentro del cual floreció, maduró y probablemente pereció.

Desde la Ciencia del Carácter hacia la Ciencia de la Personalidad: la reapertura de una historia cerrada

En primer lugar, es oportuno reiterar que la explicación preponderante en el ámbito de la historia de las ideas de la psicología se ha basado en la inadecuada hipótesis según la cual la ciencia del carácter fue inexitosa (y abandonada) a raíz de sus compromisos morales-valorativos. Una opinión como ésa aparece, por ejemplo, en la gran obra de A. Roback (1931) acerca del carácter, así como también en el *Dictionary of Psychological and Psychoanalytic Terms*:

“El carácter es un sistema integrado de rasgos o tendencias conductuales que faculta a un individuo a reaccionar, a pesar de los obstáculos, de un modo relativamente consistente con las costumbres y principios valorativos. Se distingue de la personalidad por su énfasis sobre (a) el aspecto volicional y (b) la moralidad”. (H. y E. English, 1958).

Siguiendo esta dirección, el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (DSM III-R, 1987)* reformuló sin mayor preocupación los antiguos ‘desórdenes del carácter’ (alcoholismo, drogadicción, desviación sexual y psicopatía) en términos de ‘desórdenes de personalidad’, tendencia asimilada igualmente por el UCH Textbook of Psychiatry (H. Wolff, 1900). Esta multiplicidad de adhesiones ganadas por los estudios científicos de una nueva entidad, la personalidad, revelan una extendida confianza en la creencia de que finalmente se inició el tránsito hacia una investigación que dejó atrás la divagante psicología del carácter, atormentada incesantemente por ese lastre ético y filosófico que le había impedido gozar de pureza epistémica.

Ciertamente no es difícil coincidir con estos autores en el hecho de que la noción de ‘carácter’ albergaba esa dimensión axiológica a la cual ellos aluden despectivamente. Es también acertado subrayar que el término ‘carácter’ era ambiguo por la doble acepción que albergaba: por un lado, se refería a un *factum*, pero también a un valor. En un sentido, el carácter designaba una fuerza natural, una actividad neurofisiológica; pero en otro sentido más subjetivo, denotaba fortaleza interna, autodeterminación, poder sobre sí mismo, autonomía, independencia.

Sin embargo, es menester decir que esta doble naturaleza del carácter no representaba un problema serio en el contexto de una filosofía mental decimonónica fuertemente anclada en el “paralelismo psicofísico” (una visión desde la cual era posible asumir un dualismo entre los fenómenos físicos y los fenómenos psíquicos sin necesidad de tener que dar cuenta de su interacción). La aceptación de la concomitancia entre lo mental y lo material (fisiológico, neurológico, bioquímico) abarcaba la explicación no sólo del carácter sino de otras entidades íntimamente ligadas a él: la voluntad es probablemente el ejemplo más claro. Al igual que el carácter, los actos volucionales eran concebidos como entidades heterogéneas por su doble naturaleza biológica y moral. La voluntad, decía Alexander Bain, es fisiológicamente ‘energía espontánea’, ‘fuerza’, ‘vigor’, ‘actividad natural’, mientras que, psicológicamente, es ‘poder moral’, fuente de “perseverancia, paciencia, valor, y seguridad” (A. Bain, 1861, 205-6).

Ahora, en contra de quienes leen esta polisemia como una carga con la cual la caracterología no pudo lidiar, es posible sostener que la oculta ambivalencia de significado entrañada por la noción de carácter representaba su potencial, su riqueza, el fundamento de las expectativas que los intelectuales de la época habían depositado en el proyecto de fundar la etología o ciencia del carácter. Recordemos que el ideal que alimentaba aquel interés de los asociacionistas ingleses más notablemente vinculados al proyecto etológico (del cual John Stuart Mill constituía una

fuente inspiracional) era, en definitiva, el de poner a la psicología en la base de una reforma educativa, social y política. Despojada de su dimensión moral, la ciencia del carácter nunca hubiera tenido el sentido profundo que tuvo para sus profetas. Narrar el destino sombrío que le esperaba a la caracterología arrancándola del hábitat en el cual maduró (esto es, explicar su desaparición sin tener en cuenta las transformaciones del contexto en la complejidad de su topografía) equivale a adoptar la actitud dogmática basada en el pueril optimismo de que, como afirma G. Canguilhem, “la anterioridad cronológica es una inferioridad lógica” (G. Canguilhem, 1952, p. 43-44). Por el contrario, y como puede mostrar plausiblemente un análisis de detalle contextual, es preciso situar a la caracterología en su propio nicho ecológico.

Un estudio que rebase el mero enfoque ceñido al estudio de las obras canónicas puede iluminar el hecho de que la caracterología satisfizo la importante función de legitimar tanto desde las ciencias de la vida -biología, medicina- como desde la teoría moral y política -Utilitarismo- una constelación de reformas institucionales y culturales cuya defensa e instauración eran más urgente que la necesidad de consolidar una ciencia que gozara de pureza epistémica. El escepticismo acerca de la caracterología entendida en su doble connotación material-moral hubiera significado el derrumbe de la denominada “etología política”, o ciencia del carácter nacional, que era la ambición máxima de los ideólogos de las reformas pedagógicas y democráticas de la sociedad victoriana de mediados del siglo XIX.

Si se presta atención a la recurrencia de ciertas nociones tanto en el discurso etológico bainiano como también en otras formas de hablar acerca de los fenómenos naturales y sociales se vuelve muy difícil no ver paralelismos, cruces e hibridaciones interesantes. La noción de “fuerza” ocupaba, tal vez, un sitio preferencial en los esquemas de inteligibilidad dentro y fuera de la ciencia. No es casual, por ejemplo, que la concepción etológica defendida por Bain en su obra de 1861, *On the Character*, adquiriera un formato plegado al discurso energicista de la filosofía natural de la época (William Carpenter, Herbert Spencer, Herman von Helmholtz, entre otros), que a su vez retroalimentaba la destacada importancia que la fuerza y la energía tenían en otras esferas de la cultura. Aunque no es posible, por razones de espacio, desarrollar en este artículo las múltiples aristas del energicismo, es necesario al menos señalar que tanto desde la ciencia como desde la religión, la crítica literaria, la novela, los movimientos sociales y políticos, las reformas legislativas (especialmente las referidas a la educación básica) y la cultura en general (incluido el deporte) la identificación transversal entre “carácter” y “energía” era el denominador

común que nos impediría ver a la etología inglesa decimonónica como un proyecto científico aislado o emanado de una necesidad lógica -e interna- de la investigación de la filosofía mental (cfr. M. L. Christiansen, en prensa).

A la luz de las ligas contextuales que una historia no-tradicional desencubre acerca de la emergencia y el enquistamiento de la ciencia del carácter en los discursos de su época, adquiere relevancia la apertura de preguntas que parecían ya respondidas por las historias anacrónicas de la psicología. Por ejemplo, podríamos preguntarnos si ha sido atinado ver a la ciencia de la personalidad (del Siglo XX) como una versión corregida de la ciencia del carácter (Siglo XIX), y a la vez ver a la ciencia del carácter como una versión corregida de la frenología (Siglo XVIII), que a su vez rectificaría la “más errónea aún” teoría de los temperamentos (Siglo XVII). ¿Poseemos historias lo suficientemente profundas como para trazar relaciones de isomorfismo entre ellas (es decir, para suponer que todas ellas se referían a una misma entidad que fue recibiendo distintas denominaciones)?

Dicho en otras palabras, ¿se refiere el concepto de “personalidad” a lo mismo que antes era llamado “carácter”?; ¿Se refería el “carácter” a lo mismo que más temprano había sido designado como “temperamento”? Si la entidad no es en absoluto la misma (porque ha adquirido su significado dentro de una determinada estructura conceptual), entonces deberemos decir que cada una de estas teorías no explican el mismo fenómeno, que no denotan una misma ontología, y que, en consecuencia, sus categorías asociadas (por ejemplo, sus respectivos sistemas taxonómicos) no serían homologables. Si tal fuera el caso, estos diversos enfoques podrían verse como intraducibles y, por lo tanto, como “incommensurables” (parafraseando a T. Kuhn, 1962). Sin embargo, su probable incommensurabilidad no implicaría irracionalidad ni sinsentido, ya que dentro de su “estilo de pensamiento” (de acuerdo con Fleck) la adecuación a cánones específicos de justificación no haría aceptable a cualquier explicación, sino únicamente a aquella capaz de satisfacer las condiciones epistémicas que una comunidad de conocimiento comparte y exige.

Conclusión

La defensa de una perspectiva epistemológica comparativa no-evaluativa rechaza la parcialidad típica de los modelos historiográficos que narran el pasado de las teorías con ánimo prescriptivista. Dado que la consideración de que una creencia es errónea, falsa, irracional o

incoherente es una afirmación que solo tiene sentido cuando se han asumido ideas previas acerca de lo que es el conocimiento y sus condiciones de validación, es preciso insistir en la necesidad de analizar los conceptos -actuales y pasados- de acuerdo con su localización en el entrelazado que le es -o era- propio.

El intento de entender un concepto o una idea ignorando su génesis y su desarrollo histórico equivale a momificar el conocimiento científico, a negarle su historicidad esencial, a desencarnarlo de la comunidad de sujetos epistémicos que lo gestaron. Pero dicha historicidad no puede seguir siendo percibida como si fuese la condensación definitiva de los “grandes pioneros” de las teorías actuales, ni el museo de los errores de la razón humana, ni un depósito de anécdotas, ni una vitrina que expone los ejemplares más memorables de una disciplina. Por el contrario, la historicidad le exige, tanto al epistemólogo como al historiador, un serio esfuerzo por hacer inteligible cómo “toda ciencia particular, en cada momento de su historia, produce sus propias normas de verdad” (G. Bachelard, cit. por D. Lecourt en Canguilhem, 2005, p. IX). Si se concede este punto, entonces la tradicional pretensión de formular “La Verdad” (en un sentido último, universal, a-histórico) tendrá que ser abandonada.

En conclusión, el estudio de caso que he propuesto en torno al concepto de carácter y la cosmovisión teórica a la cual dio lugar (la caracterología) puede funcionar como un microscopio historiográfico capaz de mostrar a la psicología tan expuesta como otras ciencias a la revisión crítica de su historia y de sus conceptos. Siempre es refrescante recordar que una imagen sesgada acerca del pasado puede devolvernos una imagen igualmente sesgada acerca del presente. Bien decía Fleck que “lo pasado es mucho más peligroso cuando nuestros enlaces con él se mantienen inconscientes y desconocidos” (Fleck, op.cit., p. 67).

Bibliografía

- Alexander, F. Y S. Selesnick (1970), *Historia de la psiquiatría: una evaluación del pensamiento y de la práctica psiquiátrica desde la época prehistórica a nuestros días*. Barcelona: Espaxs.
- Canguilhem, G. (2005), *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI, 8 va. ed. en español.
- Bain, A. (1861), *On the Study of Character, Including an Estimate of Phrenology*. Londres: Parker, Son & Bourn.
- Canguilhem, G. (1965), *La connaissance de la vie*. Paris: Vrin, 2 da. ed.

Christiansen, M. L., *La arquitectura del destino: una psicología del carácter desde la historiografía contextualista*. Guanajuato: Editorial de la Universidad de Guanajuato, en prensa.

English, H. y E. English (1958), *A Comprehensive Dictionary of Psychological and Psychoanalytical Terms*. New York: Longmans, Green and Co.

Fleck, L. (1986), *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*. Madrid: Alianza.

Kuhn, T. (1998 [1962]), *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: Fondo de cultura económica.

Lorenzano, C. (2004), “Los ancestros de Thomas Kuhn (homenaje a L. Fleck)”, en Martins, R. A., Martins, L. A., Silva, C.C., Ferreira, J. M. (eds.). *Filosofia e história da ciência no Cone Sul: 3º Encontro*. Campinas: AFHIC, p. 91-101.

Roback, A. (1931), *The Psychology of Character: with a Survey of Personality in General*. N. Y.: Routledge & Kegan Paul, 3ra. ed.

Werman, D. S. (1972) “The Teaching of the History of Psychiatry”, *Archives of General Psychiatry*, XXVI, pp. 287-289.

Wolff, H., Bateman A., Sturgeon, D. (1990), UCH textbook of psychiatry: an integrated approach, University College Hospital, Londres, Inglaterra, Duckworth.

Zilboorg, G. (1945) *Historia de la Psicología Médica*. Buenos Aires: Hachette.